



María Martín Martín, 79 años
Carlos Almagro, 20 años

Mis recuerdos, una vida

Para María Martín, su vida es algo similar a la crónica de un ascenso a la felicidad, un ascenso desde los días más tristes de su vida, cuando aún no sabía que el destino le guardaba lo que ella considera una gran recompensa. Con la lucidez propia de quien ha guardado historias y sentimientos durante toda una existencia, y con la confianza de quien se siente seguro de haber cumplido consigo mismo, María afirma tener una agenda en la cabeza y un bolígrafo en el corazón.

Le gustaría contar cada detalle de sus 80 años, pero quizá cuando una vida es la recopilación de los momentos pasados en ese tiempo, con todos y cada uno de sus días, uno empieza a considerar la historia de su existencia sólo con sus recuerdos y la evalúa atendiendo únicamente a ellos; después de todo, probablemente aquello de lo que no te puedes acordar, es que en algún momento ha dejado de pertenecer a tu vida. Sólo aquellas cosas que fueron lo suficientemente relevantes, lo suficientemente tristes o felices como para que quedasen grabadas a fuego en la memoria, es a lo que llamamos recuerdos, y la historia de una vida, esos recuerdos ordenados en el tiempo.

El primero de los suyos, como si fuese el primer golpe que activase de una sacudida su infantil memoria, fue la muerte de su hermana cuando ella tan sólo tenía 6 años. María vivía en el pueblo de sus padres, Pelahustán, un pequeño municipio de la Sierra de San Vicente, en Toledo. "Un día jugando mi hermana, mis vecinas y yo apartadas de casa, aparecieron unos mozos que nos amenazaron, así que corrimos muy asustadas a casa." Cuando llegaron, su hermana se estaba ahogando y murió al poco tiempo de un paro cardíaco. "Lo recuerdo como si fuera hoy, estaba muy angustiada", asegura María saltándosele las lágrimas.

Del horror de la Guerra Civil, guarda con celo el día en el que una providencial tormenta evitó que pasase a formar parte de los niños de la guerra, obligando a cancelar la salida de los camiones que los conducirían fuera de España, ante la alegría de unos padres desconcertados, que lloraban impotentes y llenos de incertidumbre de si volverían algún día a ver a sus hijos. Tenía tan sólo 10 años. "Una monumental granizada hizo que se suspendiera nuestro viaje a Rusia y tengo este momento como uno de los más felices de mi vida", cuenta con una inmensa sonrisa en los labios.

Para María fue probablemente éste el primer guiño del destino, al cual le seguirían muchos otros que irían forjando su camino entre sonrisas y lágrimas.

A los 14 años, emprende su viaje a Madrid para trabajar como doncella y ganarse la vida. Allí, comienza a cuidar al hijo de una familia residente en el número 19 de la calle Núñez de Balboa, y aún se le ilumina la mirada al recordar esos años, al recordar simplemente la dirección. "Sólo tengo palabras de agradecimiento para esa familia, siempre me trataron extraordinariamente y se portaron como unos padres."

El verano de sus 16 años, quedó grabado en su memoria por un reencuentro. En septiembre, tras volver de pasar las vacaciones con "sus señores" en Jarandilla de la Vera, éstos le permitieron asistir a Pelahustán a ver a sus padres con motivo de las



fiestas del pueblo. "Cogí un autobús a Talavera de la Reina, donde tenía que coger otro hasta el Real de San Vicente, cerca de Pelahustán, para encontrarme con mi padre, pero al llegar a Talavera, el autobús se había marchado", relata María como si recordase cada detalle.

Quedó allí, sola, llorando desamparada con sus zapatos y su vestido nuevos que estrenaba para la fiesta del día del Cristo. "Una vecina de Talavera se acercó y me acogió en su casa muy cariñosamente al saber lo que había pasado; al día siguiente, me fui para Pelahustán". María suponía que sus padres estarían muy preocupados, así que cogió el autobús hasta el Real de San Vicente, y de allí fue andando sola hasta su casa, pues su padre ya no estaba esperándola allí. En el trayecto, cada lugar, cada rincón a medida que se acercaba al pueblo, le traía como fantasmas los recuerdos de la guerra, cada atrocidad que había visto cometer en Pelahustán.

El reencuentro con sus padres al llegar a casa es uno de esos momentos por los que María cree que merece la pena vivir, que compensan las esperas, los disgustos y las decepciones, y desde entonces para María, Pelahustán ha pasado a ser un lugar de eterno retorno, el pueblo de sus padres ha pasado, sentimentalmente, a ser el suyo.

El amor llamó a su puerta cuando tenía 19 años y empezó a salir a menudo con un primo lejano suyo. Poco tiempo después, el chico tuvo que ir destinado a Santoña, Santander, para instruirse en la academia militar como Guardia civil durante cuatro años. Después de un tiempo de mantener correspondencia y aún "echándole mucho de menos", María recibiría una carta que no ha conseguido borrar de la memoria: "estará de Dios que no somos el uno para el otro". Su novio la dejaba para casarse con alguien que había conocido en Santoña.

María hubiese querido entender la ruptura y asumirla, pero le costó varios meses de angustia y de sufrimiento, antes de conocer a Andrés a través de unos tíos suyos, el hombre que ha sido y es el protagonista del resto de su vida. María vive hoy, en el Barrio de San Blas, en Madrid, y hace ya mucho tiempo que aprendió a disfrutar de los placeres de la vida y a recibir cada alegría como una recompensa por los malos momentos de antaño. "Tengo cuatro hijas y un hijo, ocho nietos y un marido que son la alegría de mi vida; es maravilloso, de lo que pude haber sido [niña de la guerra], a lo que soy. Feliz, muy feliz a pesar de los recuerdos."

Lo importante de la vida

Tras 80 años transcurridos entre avatares y calma, entre satisfacciones y angustias, María hace balance y se queda con la felicidad de hoy. "Tengo muchos recuerdos, muchos, y me hacen ponerme triste, pero ahora soy muy feliz."

Cree que hay que aprender a disfrutar con cada pequeño detalle, no esperar a que ocurran grandes cosas. Las grandes alegrías suceden de vez en cuando, dice, pero las pequeñas satisfacciones pueden brindar a la larga una gran alegría.

María asegura haber aprovechado cada instante, y cuando se le pregunta por qué se considera feliz, qué ha ocurrido en su vida para creer que "Dios le ha recompensado por cuanto sufrió de niña", no hace referencia a grandes acontecimientos, sino a las pequeñas cosas de la vida diaria. "He sido feliz llevando a mis niños al colegio, viéndoles crecer y hacerse un futuro, viajando, hablándoles a mis nietos de mi infancia...hay tantas cosas de las que he disfrutado...", dice con una expresión que igualmente podría ser de tristeza que de la más profunda felicidad.



La evaluación de sus recuerdos ordenados en el tiempo, de lo que ha sido su vida, sólo permiten a esta mujer de ojos pequeños que en ningún momento han parado de brillar, decir que a pesar de lo malo, y con todo, está satisfecha con su experiencia. Dice tener todo lo que quiere, una vida sencilla, una familia que la quiere y le atiende cuando lo necesita, y a sus años, con una vitalidad que no tiene nada que envidiar a la de cualquier joven, está decidida a seguir disfrutando cada día.

